



Carmen Camarero Torre – Alba Monique Contreras Gallego– Teresa  
Dacosta Simón – Nilda Diarte Aguilera – M<sup>a</sup> Elisa Foruria Ugarriza –  
Alba García Portela – Maribel García Rodríguez – Begoña García  
Sánchez – Begoña Gómez Saiz – Mercedes Menéndez Aguirre –  
Valentxu Torrientes Arauzo – Charo Vázquez Alonso

# *Palabras con...*

*Taller de Escritura Creativa*  
*Fika 2014-2015*

*Ediciones Manantay*  
*Serie Escribe Si Te Atreves*

Título original: Palabras con... - Taller de Escritura Creativa Fika 2014-2015

Selección de textos surgidos de las propuestas de trabajo realizadas en el Taller de Escritura Creativa, organizado por Mujeres del Mundo – Munduko Emakumeak durante el curso 2014/2015 en los locales de la calle Fika de Bilbao-

Primera edición, mayo de 2015

© de los textos, las autoras

© del prólogo, Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

© de la edición, Asociación Cultural Manantay

Diseño portada: Valentxu Torrientes Arauzo.

Maquetación y corrección de textos: Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

Depósito Legal: BI-844/2015

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros medios, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

**Yo escribo para quienes no pueden leerme.  
Los de abajo, los que esperan desde hace siglos  
en la cola de la historia, no saben leer o no tienen con qué.**

**Eduardo Galeano**





## PRÓLOGO

La PALABRA..., ella siempre está ahí, a veces dormida, a veces anhelante, esperando que tú la despiertes, que tú la nombres para nacer. Solo necesita que la articules dejando que el aire brote de las entrañas de tu cuerpo y que tu boca la convierta en una nota precisa que se modula desde ese instrumento mágico y delicado tú eres. Y ella espera, como una niña chica, y quiere crecer desde tu voz en la ternura, en la confianza, en la tristeza, en la risa... y desea, cómo no, que la hagas transitar por caminos nuevos.

Por eso todos los viernes dibujamos en Akif una rayuela de colores en el suelo. Es muy sencillo. Basta con cerrar los ojos y pintar un camino en el aire, dejando fuera que la realidad, con su geometría predecible y segura, se quiebre. Sentadas entonces solo con vuestra hoja de papel y vuestro bolígrafo lanzáis vuestra pita, vuestra palabra, al aire. Y ella, llena de vida nace a la realidad juguetona y coqueta, a veces enfadada o tierna... Y se hace la encontradiza, siempre a la espera de que otras, sus amigas, la acompañen para formar un coro alegre o la respeten en su silencio porque todavía le queda una última sílaba por llorar.

Y es desde vuestra palabra, desde vuestra pita, desde donde comienza el juego, vuestro juego en la rayuela y desde donde vuestras palabras nacen con sombrero, con paraguas, con chocolate, con colores, con estaciones, con duende... Pero hay que recogerlas y seguir jugando de nuevo, es la ley de la rayuela, su camino de ida y vuelta, y lanzarlas otra vez creando nuevos universos. Es así como han nacido los personajes y sus historias en vuestros relatos, los espacios y los tiempos remotos o cercanos... todo ello sazonado siempre por vuestro estilo en el que la aventura y el cambio han jugado también a la rayuela porque cada una de vosotras ha apostado cada tarde por un tiempo nuevo.

**PALABRAS CON...** es el compendio de relatos y de un poema que han surgido de nuestra rayuela durante este curso 2014-2015. En él encontramos entre otros, las palabras con paradoja de Carmen Camarero en el manuscrito encontrado en el bolsillo izquierdo de la americana de José Etxebarria; las palabras de colores que dibujan un horizonte de libertad en Alba Contreras; las palabras donde la pasión tiene labios de chocolate de Teresa Dacosta; la palabra del silencio transparente y eterno entre cedros y cipreses de la dama de blanco de Nilda Diarte; las palabras heridas de las mujeres que un día se atreven a decir su nombre de M<sup>a</sup> Eli Foruria; las palabras chanceras y duelistas de dos simpáticos *Phoenicopterus roseus* en Huelva de Alba García; las palabras de la sensible Ratacouch que cambiará la T de su ratanijapeque en un maravilloso don heredado de hipersensibilidad de Maribel García; las palabras

de Sor M<sup>a</sup> Inés que, como un imán, desestabilizarán la apacible rutina del convento, con graves consecuencias para el Vaticano de Begoña García; las palabras del fémur adulto errante que yace rodeado de huesos ajenos y con muy mal rollo de Begoña Gómez; el amor incondicional, no hacen falta más palabras, del ratoncillo entre los libros, de una familia de cucarachas debajo del frigorífico y de una araña con su tela colgada del techo de Mercedes Menéndez; las palabras extraterrestes de Tineon del planeta Sinopilum, quien ha escondido el maletín del médico de Valentxu Torrientes; y, finalmente, las palabras cogidas con alfileres de Charo Vázquez que nos evocan un tiempo de confianzas entre mujeres a punto de desaparecer.

Y el juego llega a su fin cuando, una vez terminado el camino de ida y de vuelta, sin trampas, recogemos nuestra pita, nuestra palabra, sabiendo que volveremos a pintar otra vez, cuando queramos, otra rayuela de colores en el suelo.

Begoña Ibáñez y Marisa Arza

## PARADOJAS DE LA VIDA

Carmen Camarero Torre

*Manuscrito encontrado en el bolsillo izquierdo de la americana de José Etxebarria Ibarra, rescatado en estado comatoso de una improvisada horca en el sótano de su domicilio en la calle del Río, número 5, del municipio de Zalla.*

“Confieso ser el causante de mi propia muerte y de la de Lucas Blasco Ibarra. Señor Juez, le sugiero que no se moleste en buscar su cuerpo, ya que yo mismo me encargué de dejarlo escondido en la montaña para que sea devorado por las alimañas carroñeras, a las que pido disculpas por tan indeseable regalo. Espero que no se indignen.

Paso a exponerle las razones que me han llevado a actuar de esta manera tan drástica:

Lucas Blasco llegó al pueblo hace unos tres años. Apareció en la cantina preguntando por mí y, posteriormente, presentándose como un familiar lejano. No tardó en ganarse la amistad y la confianza de toda la gente del barrio. Se manifestaba como un hombre abierto y positivo, inspiraba cercanía y tenía un toque seductor que atraía a las personas con las que trataba.

Detrás de esta fachada se escondía una persona mala, perversa. Con una habilidad pasmosa fue enfrentando, poco a poco, a todo el vecindario y, aprovechándose de la confianza depositada en él, se fue enriqueciendo y dejando en la ruina a más de un vecino.

Cuando quisimos damos cuenta era el dueño absoluto del barrio y todo el mundo dependía de él. Ya no necesitaba disimular. Por las buenas o por las malas tenía a todos bajo sus pies y pobre de quien osara enfrentarse a sus dictados. Se diría que disfrutaba contemplando la infelicidad provocada a sus convecinos. La gota que colmó el vaso fue la expresión de malvado placer de su rostro cuando ayer lo encontré torturando al perro de mis vecinos. Fue superior a mis fuerzas. Agarré un garrote y le golpeé hasta dejarlo en el sitio. Luego lo metí en un saco y lo llevé al monte. Es lo que se merecía. Después de esto yo ya no deseaba seguir en este mundo. Hacía tiempo que había acabado con mis ilusiones y las del resto del vecindario. Que esta nota le ayude a comprender la causa de estos dos decesos.”

Han pasado diez años y en la misma residencia y compartiendo habitación se encuentran Lucas, afectado de una total sordera y en una silla de ruedas porque cuando lo encontraron le faltaban las dos piernas, y José, que fue rescatado de la soga con el cuello roto. Los únicos signos vitales que manifiesta

son una mirada penetrante y el rictus que se le forma cada vez que su compañero de habitación le dirige la palabra, que eso sí, continúa con la misma simpatía envolvente.

## DUELO DE ESPEJOS

Alba Monique Contreras Gallego

Allí estábamos las dos veinte años más tarde. Yo te he reconocido nada más entrar al vagón de metro y, desde entonces, han ocurrido varias cosas. El corazón se ha acelerado en cuestión de tres segundos hasta alcanzar la velocidad justa que merece nuestro encuentro. Justo después, mi pecho ha sido invadido por algo parecido a un sofoco menopáusico, perlando mi pecho de gotitas ardientes, mis ojos se han abierto de par en par dejando entrar la luz suficiente para poder analizarte mejor, por último los músculos de mis piernas se han puesto rígidos y he tenido que retroceder unos centímetros para recuperar el equilibrio y desentumecerme un poco y de paso, todo sea dicho, tomar posiciones.

Has envejecido pésimamente, como una mala película de Darío Argento. Te recordaba más alta, más fuerte y más enérgica... Además, no queda ni un atisbo de esa belleza que hace tantos años te distinguía del resto de nosotras.

El pitido del tren marca el final del trayecto, el vagón se va vaciando lentamente pero tú permaneces en la misma posición desde que has entrado, regalándome tu perfil de mujer madura, tu mata de pelo ondulado y oscuro y un pedacito de cuello y de espalda. Desde el lugar donde me encuentro también puedo ver tu pequeña verruga, tan familiar en otro tiempo, que ahora parece querer escurrirse de tu brazo izquierdo.

Cuando la última persona sale del tren te giras sin previo aviso y me miras fijamente, sin compasión alguna, y en tus ojos puedo leer que sabías que estaba allí desde el primer momento. Sigues siendo la gran mentirosa que siempre has sido, y eso me hace sentirme extrañamente contenta o animada, no lo sé, siempre he tenido dificultad en diferenciar mis emociones.

Abro las piernas y tú imitas mi gesto, no con poca dificultad porque en los últimos años has engordado terriblemente, quién lo diría de ti... siempre tiranizada por la línea. Contamos cinco en alto y nos llevamos las manos a la cintura, muy despacito, muy lentamente, el frío del metal es acariciado por mis cinco dedos. Trago saliva y disparo. Tú también lo haces, pero yo, vieja amiga, soy mucho más rápida... Inmediatamente después oigo caer el peso de un cuerpo contra el suelo, pero no es tu cuerpo el que me encuentro al abrir los ojos, en su lugar una monja de tez oscura y hábito blanco industrial se ha derrumbado como si fuera un perro muerto. Levanto la vista hasta ti y tú también pareces sorprendida, pero ignorando lo que a mí me tiene anonadada, Estás observando algo que a su vez ha caído justo detrás de mí, a muy pocos metros, y que yo ni siquiera he escuchado. Al girarme me encuentro con una monja exactamente igual que la anterior en posición decúbico-supino, hábito

blanco y flor roja en el pecho. Parece que tú también has liquidado a una hermana de Cristo. Nos miramos por última vez, con la sorpresa en la cara. Después, abres la puerta y te marchas, no sin antes dejarme claro con la expresión de tu rostro que no olvide nuestra cita de dentro de veinte años. Asiento en silencio y te respondo también en silencio:

-La próxima vez, dejemos a Dios en el cielo.

## EL HADA LITEGOLDINA

Teresa Dacosta

Patrik había decidido hacer un viaje por Escocia atraído por sus leyendas y sus misteriosos lagos, con la intención de experimentar por sí mismo todos los secretos que había escuchado sobre sus mitos, así que eligió la zona del país que le pareció fascinante por su historia y, sobre todo, porque la ciudad de For Willian, situada al noroeste de Escocia y rodeada por el río Lochy, es la ciudad donde se celebran los mejores conciertos de música del país. Otra afición de Patrik era la pesca y este pueblo era idóneo para ello. Por eso a la mañana siguiente cogió los aparejos que había traído para este fin y se sentó alrededor del lago Lochy, echó su caña, encendió un cigarrillo y, mientras esperaba la captura, se puso a leer la historia y las tradiciones de la zona.

Patrik creyó oír una dulce melodía mientras observaba unas lucecitas que se reflejaban en el lago. Sintiendo una gran curiosidad se vio transportado a sus profundidades, observando que en su profundidad aparecía una cueva que conectaba con ríos y mares, y donde se levantaban rocas y templos megalíticos, rodeados de verdes campos habitados por ganado, cabras, ovejas y todo tipo de animales que, en completa armonía, pacían observando cómo un viento suave iba entonando el nombre de Litegoldina, a la vez que una figura hermosa de largos cabellos dorados era saludada a su paso por árboles y plantas que con reverencia la elevaban hacia el cielo.

Litegoldina caminaba ágilmente con sus dos pies izquierdos y sonreía con la boca de su lado derecho, mientras con el izquierdo se mofaba de quienes, ajenos al cambio de las estaciones, no percibían la mutación del paisaje, ignorando la belleza de la diversidad que brindaba cada cambio estacional. Iluminada por siete rayos de sol brillaba como una beldad haciendo surgir de la tierra manantiales, abría surcos y creaba hermosos jardines de flores de diversos aromas en el equinoccio de primavera, y provocaba la desnudez de los árboles y el letargo de los animales en el equinoccio del otoño. Tenía el poder del cambio de las distintas estaciones y, llegando el invierno, se convertía en una gran roca conocida como la Montaña del Gran Sol.

Patrik se quedó deslumbrado como si estuviese viviendo un gran sueño. La montaña le susurraba secretos y leyendas de grandes guerreros y viajeros atrapados dentro de la roca, que permanecían en su interior a la espera de un gran cataclismo que los liberase de las profundidades de la tierra. Pasadas unas horas en las que Patrik no percibió el paso del tiempo, el frío le volvió a la realidad, incapaz de recordar las últimas horas pero con la sensación de haber vivido un viaje fuera de la realidad, embrujado por una hermosa melodía de origen desconocido que le evocaba el nombre de LITEGOLDINA. Tampoco se

explicaba cómo su cesto de pesca estaba lleno de pequeños peces de colores que parecían sonreírle cuando recogió todos sus bártulos de pesca para regresar al hotel.

## LA MUJER DEL BANCO

Nilda Diarte Aguilera

Los cedros y cipreses se han dejado inundar por los colores del otoño, con alguna evidente resistencia los abedules han empezado a soltar algunas hojas, los tilos y las hayas se han entregado completamente y han derramado sus prendas sin pudor sobre el césped que las rodea, y el viento de esa mañana las ha arremolinado a las patas de todos los bancos del parque y cubierto parte del sendero. Una cuadrilla ha emprendido desde hace varios días la tarea inútil de dejar los caminos libres de hojas, por suerte se han retrasado esta mañana y aún ella puede divertirse aplastándolas a su paso cansado.

El banco está libre, aunque decide de todas maneras dar un rodeo, hacerle creer que hoy buscará otro sitio, la excusa de ese día será que los otros, menos protegidos del rocío por sus ramas desnudas, se han humedecido.

El estanque está sucio y quieto, algunas aves ocultan su pico debajo del ala y las otras solo están ahí, observando, al igual que ella, el poco verde y los rojos naranjas que avanzan irrevocablemente en cada cuerpo de los árboles. Uno de los cisnes, sin embargo, ha reparado en ella y delicadamente se desliza hacia uno de los bordes, regala su elegancia en ese breve paseo, el agua está muy fría ya que sale de ella y sacude sus plumas, mientras parece que mira desconcertada hacia todos lados hasta que le da la espalda, como perdiendo interés en su único público.

Ella apoya su bolsa y luego se sienta, al rayo de sol le falta un palmo para superar al ciprés de enfrente y darle de lleno en la cara para luego, poco a poco, abarcarla, pero ella ya sonríe. Es el mejor sitio de todo el parque, los troncos y la casa del jardinero la guarecen de la brisa y el sol, siempre que asoma, calienta los huesos de su menudo cuerpo.

Aparece con movimientos elásticos y cuidadosos el gato blanco, el negro se queda a mayor distancia, parece siempre retrasado, como si no le alcanzara el tiempo para terminar de acicalarse en privado. Antes de sentarse en su banco ella separa las raciones y las coloca de manera que sea muy accesible para sus amigos alimentarse sin necesidad de acercarse mucho si no lo desean, el más cauteloso, sin embargo, es el que con mayor frecuencia se acerca y frota su cuerpo contra sus piernas, luego se pierde de vista hasta la siguiente cita.

El parque por fin despierta y, junto con los arrullos de las palomas que se acercan, apenas ella mete su mano en la bolsa de migas de pan surgen y desfilan la primera silla de ruedas, los primeros cochecitos, algunos llantos, risas, los furiosos patines...

Luego de colocar los sonidos y los movimientos de la vida en su sitio, se aleja arrastrando los pies hasta la mañana siguiente.

## BIENAvenida ESENCIA

M<sup>a</sup> Elisa Foruria Ugarriza

Mujeres con manos ajadas, sangrantes, deformes por el frío y el trabajo, con los cestos y baldes recostados en sus caderas o soportándolos sobre sus cabezas recorren el pueblo camino del río. Todos los días, puerta por puerta recogen la ropa de la gente poderosa, terratenientes, amos de tierras y personas que las explotan, humillan y las gozan. Ellas, poseedoras de esos hijos que les engendran y de sus manos fuertes, duras, hábiles para lavar, tender, planchar, para dar de comer a esos hijos, pero débiles ahora por la enfermedad y el dolor.

El cuchicheo se extiende con voces apagadas, apenas un murmullo, diferente al de otros días; no son esos cotilleos que circulan por el pueblo:

-María... de nuevo embarazada de Don José...

-El padre del señorito, don Julián, que se ha traído a otra niña del pueblo de al lado y a la que pronto le hará otra barriga...

Van cabizbajas, la mirada por delante de sus pasos, hablan temerosas al oído de la compañera que camina cercana

-Que dice Sara que podríamos enfrentarnos y dejar de lavar todas, pero todas a la vez. Vamos a hablarlo, vete a las cinco al rosario, allí nos vemos.

Son las cinco, hoy todas las lavanderas se sienten piadosas. Presurosas, esquivas con la mirada al frente, sin ver ni oír, se dirigen a la iglesia.

El pueblo está silencioso, no se oyen los gritos de las lavanderas:

-¡Juanito, que cojas a tu hermano y lo laves a la escuela!

-¡Antonio, que te metas para adentro!

Tampoco se escuchan las voces de los hombres increpándolas o haciendo chanzas. No se oyen las risas de las bromas que se hacen entre ellas. Las gallinas no cacarean, los perros no ladran, los animales se hacen conscientes de la tensión, es la huelga que comienzan las lavanderas. Hoy solo el silencio se oye.

El sonido del trote de los caballos de los señoritos, seguidos de los guardias aporreando las puertas, abriéndolas, obligándolas a salir de sus casas para recoger las coladas invade de repente cada calle, cada rincón del lugar rompiendo el silencio, la incertidumbre que se vive. Pero esta vez no, esta vez las lavanderas volverán sin hacer la colada. Un día sí y otro también, golpeadas, maltrechas, pero sin ceder.

Ya va para un mes, llevan muchos días sin llevar comida a sus hogares y los niños lloran, tienen hambre. Las lavanderas no tienen fuerzas y deciden regresar al trabajo. La guardia todavía las persigue río arriba por el camino. En el pozo oculto por espinos y matorrales encuentran el cuerpo, descompuesto,

parte comido por las alimañas, envuelto en un trozo de toalla, pequeño, de un recién nacido.

Comienzan las sospechas, los interrogatorios. Las lavanderas se observan inseguras, recelosas, pero si hubiese sido una de ellas lo sabrían. Al final eso se sabe.

Es domingo, todo el pueblo acude a misa. Una nueva moza se sienta en el banco de las mujeres y no se ve a la antigua criada de Don Julián, de hecho comentan, hace tiempo que no la ven, con lo de la huelga se les había pasado.

Sara, como siempre, es la primera en darse cuenta, pero es que tiene algo especial. Marchó a la ciudad y volvió con una hija pero con la cabeza más alta, más digna, y lucha porque su hija tenga mejor vida que la de ella. Se enfrenta a los amos, les dice cuatro verdades y estos la temen y la respetan.

Hoy también lo hace con Don Julián, le increpa cuando pasa a caballo por la plaza, a mediodía, cuando hombres y mujeres descansan un rato al sol, en corrillos. Allí, delante de todos, le planta que él es el padre del bebé hallado muerto, también de la niña anterior que se trajo, que lo parió y lo mató porque no quería verle esclavo de nadie, no quería verle propiedad de su padre, y rota de haber parido y del dolor y del miedo de haber matado a su hijo, huyó.

Golpes, gritos, puertas que se cierran. Los guardias hacen callar a Sara y la obligan a meterse en casa. Camina segura, sin miedo, y piensa que como siempre el poder, la verdad, los tiene el rico, al pueblo no se le escucha. Pero quizás llegue el día en que el pueblo pueda hablar, las niñas vayan a la escuela, aprendan, lean y escriban, las mujeres puedan pensar, sientan su poder y se les permita vivirlo.

La normalidad vuelve al pueblo. Mañana las lavanderas seguirán haciendo su trabajo como si nada hubiera sucedido, pero cada una de ellas se siente un poco Sara y han visto a Don Julián con la cabeza más agachada, todo él más encogido, avergonzado. Quizás algún día....

## EN LAS MARISMAS

Alba García Portela

Aquella mañana de finales de primavera la marisma se despertó intranquila. Ninguno de sus habitantes era ajeno a la escalada de tensión entre dos *Phoenicopterus roseus*<sup>1</sup>.

Todo había comenzado cuando los dos se fijaron en la misma jovencita. Ambos ahuecaron sus alas encarnadas e irguieron sus largos cuellos para conquistar a la dama; ambos, sin éxito. Ella optó por un ejemplar más discreto, pero con un generoso pico que le sería muy útil para pescar crustáceos entre el fango y alimentar así a sus polluelos.

Heridos por el rechazo, los aspirantes fracasados decidieron evitarse. Hasta el atardecer en que sus picos apresaron el mismo gambón. Se miraron fijamente a los ojos y comenzaron a tirar con fuerza, cada uno de un extremo del crustáceo.

-Quilló', no e'tán lo' tiempo' como pa' hasé' un e'tropisio con un gambón de Huelva, ¡con lo que se cotisa en el mercao! -intentó disuadirlos un miembro común de los Anatidae<sup>2</sup> que apareció entre los juncos.

Los dos fulminaron al pato con la mirada y siguieron tirando hasta que el crustáceo fue decapitado.

-Esto no va a queda así, mamaacho -dijo el que le había tocado la cabeza.

Se hizo un gran silencio en la marisma y prosiguió:

-Mañana al amanecé en este mismo sitio. Táete a un padino y busca tú al médico. Te haá falta. Yo me encago de enconta a un juez. -Recogió la cabeza de gamba y se marchó a grandes zancadas. Al otro se le habían quitado las ganas de cenar.

La luna iluminó pronto la marisma, pero desapareció entre espesas nubes mucho antes del alba. La lluvia arreciaba y un fuerte viento inclinaba los juncos cuando el sol comenzó a despuntar.

-Um, mal agüero -anunció el Alcedo athis<sup>3</sup>, que con su largo pico era el más indicado para curar las heridas más profundas y hasta dar puntos de sutura.

Un Falco<sup>4</sup> había sido el elegido para officiar de juez, por ser el más respetado y además tener muy buen ojo.

Los dos contrincantes habían acudido con padrinos de su misma especie. Estos últimos se apresuraban a darles las últimas recomendaciones y palabras

---

1 Nombre científico del flamenco (ave).

2 Pato.

3 Martín pescador.

4 Halcón.

de ánimo cuando el juez les indicó que debían retirarse. El duelo iba a comenzar.

Los oponentes surcaron la marisma hincando sus largas patas rosadas en el fango hasta colocarse uno frente al otro. Entonces el Falco emitió un agudo chillido que marcaba el inicio de la contienda.

Se miraron fijamente durante largo rato, repasando mentalmente los trucos que los suyos les habían enseñado, mientras abrían sus picos amenazadoramente. En realidad, solo buscaban el aire que les faltaba... De pronto, un tiro quebró el silencio que se había impuesto en la marisma. Todos —oponentes, padrinos, juez, médico y espectadores— alzaron el vuelo inmediatamente.

En una pista forestal no muy alejada, un sicario se deshacía de un testigo clave para destapar una trama de cotos de caza ilegales en el Parque de Doñana.

## **RATACOUCH FOR EVER**

Maribel García Rodríguez

Ratacouch es una rata adulta con dos ratonijos y una ratanija en edad escolar. A la ratanija pequeña le acaban de diagnosticar en el colegio el tan famoso “trastorno de déficit de atención”... Y con hiperactividad. Sí, el temido y terrible TDAH.

Ratacouch recibió la noticia de mano de la ratutora de su ratanijapeque y al momento exigió que se le quitara a su diagnóstico la “T” de Trastorno, pues no le gustaba que su preciosísima ratanijilla fuera tratada como trastornada... pues no lo era en absoluto. En el informe psicopedagógico aconsejan consultar con psiquiatría para posible medicación y.... bla bla bla.

A Ratacouch no le ha pillado de sorpresa este diagnóstico, muy al contrario, pues ella era conocedora de la hiperpercepción de su ratanijilla y ya había previsto que en el colegio le pondrían el grupo de los hiperactivos.... Y lo sabía porque ella misma también había sido catalogada de ractiva de niña y de rataruptiva después.

Su ratanijapeque no recibiría medicación pero sí recibiría, con el mejor de los cariños posible, los consejos más interesantes para poder vivir en el caos en el que los hipersensibles hiperactivos vivían, y de eso ella podía dar mucha y abundante fe.

Ratacouch recordó sus primeros días en la escuela y cómo todos sus ratocompañeros se burlaban de ella llamándola “espidi gonzalez”. Y no olvidará cómo su rataseño la amonestaba con una falsa sonrisa llamando “ocurrencias” a las brillantes ideas que ella de forma impetuosa e impulsiva expresaba nada más venirle a la cabeza. Ni cómo la presencia del ratondire también le producía el mismo abismo y el mismo caos que la rataseño y su ratocompis. Sucedió cuando todos la sonreían de mentira. Ella solo quería ir a su casa para poder estar tranquila. Su ratamadre siempre la acariciaba y la besaba y así ella podía leer muchos libros, hacer todos los deberes y también dibujar... Ratacouch en aquellos años aprendió a utilizar los colores y las respiraciones para apaciguar el malestar en el que su ratocompis la obligaban a vivir. Vestía de verde, a veces combinado con rosa, y llevaba lazos colgando del cuello de todos los colores. Las cintas la protegían de los insultos que recibía. Eran los colores los que frenaban esas energías e incluso las rechazaban volviéndose a los que las proferían... Había cintas que modificaban y convertían todas las palabras en halagos. Cintas de mágicos colores.

Ratacouch muy pequeña llegó a crear ese “milagro” con sus cintas de colores y también muy pequeña ya asesoraba sobre colores a ratamigas y

ratavecinas... y de joven adulta regentaba su rentable negocio de Color's Couching. Ella era en la actualidad una experta ratacouch que había asesorado a la tan famosa Ratapreryy en su importante decisión de con quién casarse.

Por suerte para su ratanijilla, ella podría ofrecerle un poco de orden en el caos de los sentidos sutiles. Le enseñaría a respirar para eliminar episodios de colapso... y también le aconsejaría a la hora de escoger colores para los amigos y colores para los no amigos. Ellas dos conseguirían que ese título de ser una "DAH" -*Deficitaria de Atención con Hiperactividad*- fuese una prebenda que la vida les había brindado y sabrían cómo disfrutarla e incluso compartirla. Sí, como una dote que ellas habían tenido suerte de heredar. El maravilloso don de la hipersensibilidad.

## ALMA DE BOLERO

Begoña García Sánchez

La guitarra está desafinada, el batería enfermo y a ella le molesta el corpiño. La luz va cayendo poco a poco, hasta lograr casi la oscuridad. Las primeras notas, lánguidas, suenan ya y la falda baila entre sus piernas.

Berta se acomoda el corpiño, se pasa el dedo, previamente mojado con su saliva por la media, se coloca la liga estratégicamente entre la abertura de la falda, tira el chicle y canta: “Calle Corrientes de mis amores, Calle Corrientes donde nací...”. Ese tango con el que comienza todas las veladas nocturnas desde hace no sabe cuánto tiempo en días, pero sí en noches, desde la primera que ese mal nacido de Luiggi la asfixió con sus besos.

- Después de este bonito tango y antes de que ustedes se pongan en pedo, interpretaremos “No sé por qué te quiero...” para que los enamorados se enreden antes de que se monte el quilombo.

Al fondo del salón está Luiggi, sonrisa quebrada, traje de lino y mirada agria, le lanza un beso que ella recoge con el contoneo suave de su cuerpo. Sujetando su alma en el micrófono, canta y pasea entre las mesas, repartiendo miradas, sonrisas, regalando milongas. A veces, la voz se quiebra, está cansada de fingir cadencias, acentos, las piernas se paralizan, aburridas del mismo pasillo, y su corazón palpita soñando con volver a casa.

Se para en la mesa de Luiggi, como siempre que vuela uno de sus besos, se acerca al gallego, le encandila, le magrea disimuladamente, le cachetea y le susurra con voz melosa:

-Luego te espero.

Continúa cantando, suavemente, dejando caer las palabras, sin articularlas: “... me volví a esconder entre tus brazos y me querías decir, no sé qué cosa pero callé tu boca con mis besos...”. Todas las noches canta, baila, bebe champaña hasta que su voz insinuante se vuelve provocativa:

-Adiós amigos, amigas, muchos besos, y ya saben... Quien tenga manos finas para la caricia a nochear y los que las tengan para el naipe a boludear. Yo, por supuesto a nochear...- Y repite el estribillo:- “Me volví a esconder entre tus brazos y me querías decir, no sé qué cosa pero callé tu boca con mis besos...”

Se da la vuelta lentamente, dobla la pierna, con intención, enseña el muslo, apura su copa y de espaldas al público, acomoda una pequeña pistola en su liga. La luz murió.

## DE MOMENTO SOMOS OCHO

Begoña Gómez Saiz

Nunca habría sospechado que había vida después de la muerte, y que esta podía ser incluso mucho más terrible que aquella. Creo que si Dante nos viera pensaría que su Infierno es un Paraíso.

Soy un fémur adulto errante que yazgo como una tibia sin peroné rodeado de huesos ajenos y con muy mal rollo, todo el día se están peleando. Resulta que al final de este viaje tienen litigios pendientes y no hay cosa más triste que estar, a estas alturas, junto a quien te lo ha hecho imposible.

Ando pensando en cuál ha sido el pecado tan grande que he cometido para merecer estar aquí que no pertenezco, como ellos, a esta colonia. Porque ahora, no solo sé que hay vida en la muerte, sino que esta es un ajuste de cuentas con un decálogo variopinto de justicias irresponsables.

En este más allá también pagan justos por pecadores y cada vez que alguien se asoma al brocal y nos tira su carga, esto es una fiesta macabra de odios y rencores. A medida que caen sobre nosotros nos vamos desmembrando que yo, ya, ni me encuentro. Esto podría habernos dado más camaradería, por eso de que el roce hace el cariño y el conocimiento la aceptación, pero qué va, aquí cada cuál va a lo suyo: una pelea quieta por estar en la cima del osario. Cuántos más caen, más inquina en el vertedero.

A mí me trajo el hijo a reposar aquí y antes al pueblo también, cuando se nos murió su madre. Espero que Puri, con lo buenecita que ha sido siempre, haya acabado en lugar más amable.

Al principio me gustó mucho Zafra, parecía un patio de vecinos: algún gruñón que otro, la santera con sus maldiciones y consejos, el tonto y el chulo... Este pueblo de unos pocos kilómetros era un mundo en miniatura, como si estuviera hecho a escala de una nación, incluso a veces he pensado que de un universo, de lo ajustado que estaba todo, como si estuviera medido para tener un equilibrio entre los unos y los otros, y a los malos les correspondiera un igual de buenos y a los envidiosos otro tanto de generosidad. Y claro, cuando yo llegué no había par que compensara mis modos y se les desequilibró el pueblo.

Tengo el aspecto rudo de los labradores de toda la vida, desde que nací iba a arar sobre la espalda de mi madre, y no más me vieron jurar en la petanca pensaron que era el contrapunto de Sole, una mujeruca afable que se acababa de quedar viuda y se encargaba de los arreglos de la iglesia. Las pestes que yo pienso sobre eso marchitan las flores del altar y hasta los rayos de sol a través de las vidrieras detrás del coro, a mí me salen en blanco y negro... Pero a mi modo también soy, como ella, persona de gran sentimiento porque he sido

poeta y esto solo lo sabía Purita ¡Cómo se les iba a ocurrir que yo, con esta cara surcada de baches de mil cunetas iba a recitar a Homero y hacer rimas asonantes en el mismo tiempo que los viejos de aquí se toman un tinto!

Aquella noche habían puesto en la televisión “El bueno, el feo y el malo” y mi chico, que es muy crío, anduvo todo el día inflándose de seguridad vaquera y cuando discutió con el mayor de los Montilla porque nos habían cortado el riego, ¡que no le dio al muy tonto por retarle a duelo! Y con la pistola que se trajo el abuelo de Cuba paseada por mil contiendas que marca el norte en todos los puntos cardinales. Pero por lo que se vio después, no era la única que había venido del Caribe...

Le seguí jadeando hasta el trigal y en aquel improvisado campo de batalla encontramos a los dos de Montilla y al médico, que es amigo suyo, y a un señor mayor todo de negro, calvo y con un ridículo bigote postizo que le hacía menos hombre.

Y yo tiraba de él: “que lo dejes, hijo”; y él: “que me deje padre”. Y entre coger, detener y apartar se le disparó aquel espantajo y caí al suelo, seco. ¡Cuánto dolió aquello! Y lo que son las cosas; los que se querían ver muertos, se abrazaron y sin tener que decir ni una palabra, como si fueran una prolongación el uno del otro, supieron lo que tenían que hacer. Me tomaron de pies y brazos y me lanzaron al pozo sacudiéndose al momento las manos como si aquello no hubiera ya sucedido.

Una vez dentro escuché un segundo disparo, con un sonido distinto que supuse había sido del otro y después de muchos gritos me cayó encima el del bigote. Paco, que así se llama, pesa una barbaridad pero lo tengo tan cerca que nos estamos contando la vida, y ya que provenimos los dos de pistolas con las miras desviadas sentimos que compartimos causa y destino y que tenemos que unirnos. Resulta que es el padre de la chica que se fue del pueblo hace un año, a la que luego le desapareció el novio, que de la tristeza perdió el pelo y por eso va de postizo. Y yo que le hacía marica...

Ha hecho piña con nosotros uno muy charlatán que llegó al pozo el tercero y cuenta que anda por ahí, Fermín, el que iba a ser el consuegro de Paco, y que cayó hinchado y morado como ahogado con su propia lengua. Lo dice riéndose porque, como a Paco, nunca le ha gustado porque era de mal mirar y de peores obras. “Y ahora...”, dice, “mira qué mala suerte tener que estar casi enlazado con él compartiendo la tumefacción de los periostios”. Se expresa muy puntilloso Terceras, que así le llamamos, hablando de anatomías porque ejercía de Practicante.

Andan los dos a vueltas con la injusticia porque les duele que a Fermín se le haya quedado un trozo de húmero articulado al radio y le da ventaja por eso

de la movilidad. Yo intento animarles diciendo que tampoco es para tanto pero ¡ni caso! En este reino de trozos, el que hace un ángulo es el amo.

Todo esto me parece muy extraño porque todos se conocen. A menudo pienso que van a tener que ampliar el pozo porque se nos va a llenar de pueblo.

¡Estoy encontrando aquí tantas y tan crueles respuestas!

## **DULCE DE BURBUJA**

Mercedes Menéndez Aguirre

Llueve y lo hace con fuerza. Se nota que las nubes se estaban reprimiendo y, cuando han conseguido liberarse, pues eso... que lo están soltando todo. Me recuerda cuando he tenido congojas, cuando he necesitado llorar y he buscado, haciendo zapping, una película muy sentimental para que las lágrimas fluyeran espontáneamente. Y yo hoy tengo una gran bola en la garganta. Y es que he tenido que tomar una de las decisiones más difíciles de mi vida. Ahora vivo sola.

Mi buhardilla es pequeña y unas claraboyas ayudan al sol a entrar en todos sus rincones. Está pintada de blanco y adornada con pinceladas de colores lo que le da un aspecto de casa de juguete. Insisto, ahora vivo sola. Pero no siempre ha sido así. Hasta hace bien poco me acompañaban un ratoncillo entre los libros, una familia de cucarachas debajo del frigorífico y una araña con su tela colgada del techo en un lugar alto y oscuro de mi habitación. Es verdad que en mi entorno nadie entendía mi afición a convivir con pequeños seres silvestres y, aunque traté de explicarles que en mi casa había poco espacio y solo lo podía compartir con esos pequeños animalitos, ponían cara de asco y me decían que hasta que no desaparecieran mis “amigos” ellos se negaban a visitarme. Yo me mantuve firme en mi decisión y les dije que prefería verlos solo en la calle a prescindir de mi pequeño zoológico. Y así he vivido durante algún tiempo hasta que el otro día tuve un altercado con mi pequeña familia.

Por fin uno de mis amigos, uno de mis más queridos amigos, aceptó mi invitación a merendar para probar mi plato estrella: la tarta de manzana con pasas y nueces. En un paseo por la playa entre los colores rojos y naranjas del atardecer, tomados de la mano y haciéndonos arrumacos me confesó que yo le parecía la joven más dulce que había conocido y que algunas veces sentía deseos de darme pequeños mordisquitos, como si fuera un delicioso pastel de manzana. En ese instante de voces susurrantes y de caricias tiernas yo le dije que era una experta repostera y le hablé de mi más exquisita tarta a la que llamo dulce de burbuja por la forma en la que la presento. Me invitó a demostrárselo entre besos y abrazos y la puesta de sol como telón de fondo.

El día señalado solicité la colaboración de mis compañeros de piso para que descansaran en sus rincones y me dejaran intimidad para mi dulce cita. Después aireé la casa, volteé los cojines, cambié de lugar algún cuadro, puse la mesa con mi mejor mantel de lino, los platos de porcelana china heredados de mi bisabuela y unas finas copas de cristal veneciano que me regaló mi madre al independizarme. ¡Estaba precioso!

Mientras se cocían en vino dulce con canela, cortadas en gajos, las manzanas reinetas que había escogido cuidadosamente en la frutería de mi calle, aproveché para ducharme, lavarme el pelo con cuidado, darme una loción por todo el cuerpo, vestirme de blanco... Cuando volví a la cocina la cazuela estaba llena de una suave espuma de manzana con la que cubrí la crema pastelera dentro de una base de hojaldre que después salpiqué con pasas y nueces. Lo metí todo al horno para que estuviera a punto.

A pesar de mis ruegos a mis compañeros de piso para que se mantuvieran en sus escondites, creo que no me comprendieron, y cuando mi invitado ocupó su lugar en la mesa, uno de los hijos-cucaracha negra salió a pasear por la mitad del suelo blanco de la cocina y, tras él, otra cucaracha más grande y negra que parecía uno de los progenitores que iba en su busca y al que acompañaba el resto de pequeñuelos y, además, mi ratón asomó la nariz por entre los volúmenes del diccionario enciclopédico de la tercera balda de la librería y empujó el tomo sexto, que calló al suelo con estrépito y con un gran susto para mi muy querido amigo al que se le había ido el color de las mejillas y parecía a punto de vomitar.

En un visto y no visto se levantó de la silla y, con sus grandes zapatos, pisoteó a la familia de cucarachas que quedaron como lunares sobre la blancura y lanzó con buena puntería una de las copas de cristal veneciano contra la cabeza del ratoncito, al que dejó noqueado, y un plato chino que lo decapitó.

-¡Mi familia! –grité-. ¿Qué estás haciendo a mi familia? –le pregunté a gritos.

-¿Tu familia? –su voz salía asustada-. Pero ¿dónde me he metido? ¡Estás loca! –dijo mientras reculaba hacia la puerta de la calle, la abría y salía dando un portazo.

No puedo describir mi tristeza ante semejante masacre.

Me tocó recoger los restos negros aplastados sobre los azulejos blancos y el cuerpo y la cabeza del ratón por separado. No sé de dónde saqué la entereza para depositarlo todo dentro de la bolsa de la basura, cerrarla y, sin perder tiempo, bajarla al contenedor verde. Luego me acerqué al único ser silvestre que quedaba en mi casa para contarle lo sucedido y, en silencio, con gran dignidad, la araña se marchó por la ventana abandonando su tela. No la he vuelto a ver.

Por eso, ahora vivo sola.

## LAS GOTAS DE LLUVIA

Valentxu Torrientes Arauzo

Soy una escritora perdida en la primera línea de salida de mi novela. ¿Por qué me resisto a no empezar con un simple “Me llamo Paul”?... Raya lo obsesivo el querer poner algo delante.

Estoy sentada en un banco de madera en plena calle junto a Buffy que me mira con sus ojitos de perro inteligente. En mi mano un paraguas que el viento tempestuoso de esta mañana ha destrozado. La verdad es que ha sido una sensación poderosa: imaginaos un golpe de aire casual justo en el instante en que unas manos abren un paraguas a una lluvia persistente, volviéndose este del revés en un solo movimiento, los dedos lo han sujetado por instinto, el cuerpo sintiendo algo que le era desconocido hasta ahora, no podía desaprovechar el subidón de energía que me lanzaba el universo y estoy aquí, sentada en este banco para encontrar la primera frase de mi novela.

Soy una escritora inconsciente, no lo digo yo, lo dice mi amigo Buffy al mirarme con sus ojitos canela suplicándome que nos vayamos a casa. Porque yo leo en voz alta mientras escribo, incluso sentada aquí, agarrada a mi paraguas como si fuera mi musa. Las gotas de lluvia se han tomado una tregua, aunque a mí me da igual porque mis hojas son impermeables.

Soy una mujer con muchas posesiones, no me asusta decirlo en voz alta, no me importa que me escuche cualquiera de vosotros porque no vivo cerca de aquí. No me agradan nada vuestros plegados paraguas, estoy deseando que vuelva a llover. Buffy, no ladres, vamos a continuar aquí tú y yo. Ahora que se han ido todos, te voy a contar lo que, en verdad, me inquieta: ¿Si cuando esa frase tan deseada esté en mi poder resulta que no es, en absoluto, la que espera mi novela de 424 páginas?... Frase certera... frase huracán...

Sí, Buffy amigo, yo también las siento en mi cara mojada, llegan nuevas gotas de lluvia, a la vez que nuevas letras se deslizan por la hoja de papel impermeable, alegres de estar aquí, me marean un poco las que juegan a cambiarse de lugar, sobre todo las de forma redonda. Cuando una “o” desaparece detrás de una larga y delgada “e” hace parecer que se trata de una “d”; me vuelvo loca...me veo obligada a adentrarme en caminos misteriosos, pierdo la noción del tiempo real y me despierto en un sobresalto incomodo de destellos dorados...el sol que se está despidiendo. No deseo que eso me pase hoy. Olvidaré esta hoja de tinta roja, de tinta morada en este banco de madera; es un impulso. Quiero plagiar al viento.

Nos vamos ya Buffy. Nuestro autobús pasa a menos diez.

## LA COMBA

Charo Vázquez Alonso

Yo me encontraba situada la última de la fila cuando el cosquilleo novedoso entró por mi nariz, después de haberlo olisqueado para luego meterlo en mi boca ensalivada. ¡Noté sus vibraciones y saboreé mi lengua húmeda y picante! Lo estiré prolongándolo a la vez que soplaba y, por consiguiente, crecía y crecía taponando mi nariz y cediendo bien hidratado. La dilatación superó los límites y las miradas denotaron rencor cuando el estallido resonó en sus oídos. Sus intentos siempre fueron acompañados de numerosos fracasos. Su saliva sobre todo, no obtenía los resultados que la mía, en consecuencia en los concursos de “gapos” el mío siempre llegaba más lejos. La envidia era furia en las caras de aquellos a los que los pantalones apenas tapaban sus incipientes pelos ligeramente rizados. Durante tales retos no soportaban su robado liderazgo. Con aquella demostración superé la última posición y Anita en seguida me adelantó, dos más cerca de ella, puesto que intuyó le podría dar buena fama si era su nueva amiga. ¡Nada más lejos de mis intereses!

Ella era alta para su edad y pretendía ser novia del gallito de la panda y primero del bando contrario al que muchas hacían ojitos, es decir, le bailaban el agua saltando, entrando y saliendo para jugar a su juego a fin de adelantar un puesto en la fila más cercano a su sombra. Yo no tenía ganas esa tarde de saltar, por lo que cogí la cuerda por su punta y me puse a tentar. Tiré el viejo chicle al suelo y metí uno nuevo a mi boca. Soplé insistentemente y el aire que escapó con partículas de picapica llegó ligeramente a las narices entrometidas de dos disfrazados de amigos que me rodeaban. Con el causado estornudo, cayó al suelo el segundo contrario y con disimulo recogió mi chicle viejo, metiéndoselo rápidamente a la boca. Tenía ganas de jugar al desafío. La segunda y tercera de mi fila nada pudieron hacer y decidieron esconderse ante el dilema de tener que saltar más alto, y que por consiguiente se les vieran las bragas cuando sus plisadas faldas subieran por inercia y ellos se rieran de ellas con mal disimulada picardía.

Los del otro bando propusieron un reto de chicas y chicos. Consistía en pasar la barca al otro lado del lago, por supuesto que lo teníamos prohibido. Supe entonces por qué mi mano se aferraba a la cuerda, si no ganáramos el pago sería inmediato. Llegamos a la orilla y Toño insistió para que cruzásemos juntos, yo tenía dudas, por consiguiente pedí consejo al barquero y él solo respondió: “¡Las niñas bonitas no pagan dinero!”. ¡A saber qué quiso decir! Salté dentro y cambié de lado robándole a Toño su punta para asegurar mi posición, se enfadó mucho y me pidió un beso a cambio. Hinché mis papos y le mostré mi más dilatado globo que estalló en su cara, explotando su más

asquerosa y grasienta espinilla por compresión. Llegados todos a la orilla caminamos cantando en fila de a uno: “¡Desde pequeñita me que... me quedé!”. La canción sonaba desenfadada. No obstante, Anita no quiso jugar calando por donde se despejaban los balones. Tan solo le canté: “¡Yo no soy bonita ni lo quiero ser!”.

En lo que respecta a mí, disimulaba bien todos mis miedos de niña protegida y enfermita. Sin proponérmelo, en efecto, los tenía a todos colocados en el lado de mis dominios. Entonces sugerí jugar al escondite. En el paraje de las orillas del lago había múltiples escondrijos fortuitos para la ocasión. No hubo objeciones, se sentían seguros, corrieron ambos y ambas en diversas direcciones para esconderse bien. Finalmente, yo moví la mandíbula chasqueando los dientes y, estirando la lengua, soplé y soplé hasta que el gran globo al límite explotó y su fuerte estallido recorrió las ramas cercanas que susurraron con rápidos movimientos de ocultación. Por supuesto que ¡no fui a buscarlos!

Para concluir, la noche llegó al atardecer como era de esperar y yo regresé al lado del barquero, supuestamente en busca de mi pañuelo y lo que recogí fue la cuerda de su barca formando círculos sobre el duro banco de esta y luego le cante suavemente al oído: “¡No quiero coche leré! ¡Qué me mareo leré!”. Y él respondió: “¡Arriba la barca uno, dos y tres!”.

## JUGANDO EN LA ARENA

Carmen Camarero Torre

Era como un pequeño renacuajo. Daba vueltas y vueltas nadando dentro de mi barriga. A veces se chocaba contra mí a la altura del ombligo y mordisqueaba como si buscara una salida. Parecía ansioso, desesperado por salir. Tuve que meterme yo dentro con él para calmarlo. Lo cogí, me lo coloqué en el regazo y se tranquilizó. Yo diría que se quedó dormidito. Yo también me acurruqué con él, me hice un ovillo. Se estaba muy bien allí, calentita en mi propio útero dentro de mi misma.

Cuando desperté me encontraba boca arriba con los ojos cerrados y las manos sobre el vientre. Sentía en la cara la caricia del sol. La brisa marina refrescaba mi cuerpo. Una laxitud perezosa me invadía toda entera. Pasó un tiempo, no puedo decir cuánto, y cuando la luz del sol empezó a bajar en intensidad abrí los ojos. Junto a mí se encontraba Igor, tumbado en idéntica postura, indolente, perezosa. Abrimos los ojos. El cielo, teñido de un tono rojizo con betas blancuzcas y transparentes nos protegía como una cálida cúpula envolvente.

Nos abrazamos y, rodando por la arena, avanzamos hasta llegar al agua. Su frescor nos terminó de despertar y nos recordó que ya no podíamos eludir la visita a la farmacia que estaba a punto de cerrar.

Había llegado el momento de hacer la prueba aunque yo ya sabía que no era necesario hacerla, estaba totalmente segura.

## PAPILLON

Alba Monique Contreras Gallego

La celda apenas estaba iluminada. Cuatro pasos separaban la robusta puerta del final del habitáculo y dos pasos y medio en el sentido contrario. En el suelo una manta y un recipiente metálico donde una vez al día era servida un poco de sopa aguada con pieles de patatas y otros tubérculos. Las paredes, que después de tanto tiempo ya conocía como las líneas que dibujan las palmas de mis manos, estaban maltratadas por extraños símbolos e innumerables cruces, pues muchos otros antes que yo habían corrido mi misma suerte. El frío reinante durante el día se disparaba al llegar la noche y, a pesar de no tener ventanas, gélidas corrientes de aire atravesaban la estancia de punta a punta sin piedad alguna, y con la misma indiferencia atravesaban la masa de huesos en la que se había ido convirtiendo mi cuerpo con el transcurso de los años.

Fue una noche cuando sobrevino de forma repentina la experiencia más sobrenatural que viviría jamás en aquel lugar. Las personas que se dicen coherentes dudarán, sin duda alguna, de mi falta de juicio al leer estas líneas, pero puedo prometer por lo más sagrado que todo lo que me dispongo a contar es verídico, como la vida misma, y no deben de olvidar que la naturaleza se ha manifestado a menudo de las formas más extrañas e incomprensibles para el ser humano. Permanecía pues, como era costumbre, tumbado sobre el mohoso suelo intentando controlar los temblores que sacudían mi cuerpo para poder inducir mi mente al sueño, pero era tal el hambre, la enfermedad, la miseria que, créanme amigos míos, no era tarea sencilla cuando un diminuto animalillo vino a colocarse sobre mi mejilla izquierda. Pensando que se trataba de una de mis habituales compañeras, las cucarachas, la aparté con brusquedad extendiendo mis huesudas manos. Pero quiso el animal posarse sobre mi rostro de nuevo y, esta vez un tanto extrañado por la levedad de su peso, la atrapé con cuidado entre mis dedos, sintiéndome inmediatamente como una de esas muñecas rusas de madera que a su vez esconden otro prisionero en su interior.

Cuál fue mi sorpresa al sentir la suavidad de su tacto aterciopelado y el incesante cosquilleo de su aleteo desesperado. Casi podía verla con sus llamativos colores y sus figuras geométricas pintadas sobre sus alas, con sus diminutas antenas y su pequeña trompa enroscada sobre sí misma. Extasiado por poder sentir algo tan bello en aquel escenario monstruoso, quise tenerla siempre conmigo, aunque por unos instantes barajé el cómo poder hacerlo. Un miserable impulso surgido de lo más profundo de mi instinto quiso que la introdujese dentro de mi boca y la mascase despacio, sintiendo como toda ella se quebraba entre mis dientes. En un primer momento su insípido sabor hizo que me maldijese, pero fue entonces cuando, sin previo aviso y de la forma

más abrupta, una explosión de sabores reventó en mi paladar inundando mi boca del placer más exquisito...

Sentí entonces como el sabor del azul flotaba sobre la punta de mi lengua. Sabor de mar, de cielo, de río, de océanos, salado en la medida justa. Sabor al mejor marisco, al más fresco, a navajas y nécoras, a gambas y a caracolas. Vino el rojo a interrumpirle deslizándose por mis carrillos con su elegante baile. Rojo de fuego, ácido, travieso, rojo de sandía fresca, de moras silvestres, de sangre, de vida, de amor y de sexo. La aparición del rojo produjo al instante una desafiante erección entre mis piernas que habían dejado de temblar de frío para hacerlo de placer... Sin dar crédito a lo que estaba sucediendo, y tumbado como estaba, rascaron mis uñas la piedra del suelo que, a pesar de lo que estaba viviendo, me recordaron dónde estaba. Poco después, con pasitos lentos y algo tímidos, apareció el amarillo. Reconocí enseguida que aquel color pertenecía a minúsculas partículas de néctar, que debieron de quedar en la trompa de la mariposa y experimenté lo que, sin duda, ella pudo sentir mientras las aspiraba, empapando mi glotis de amarillo de miel, de arena, de pan horneado, de luna llena, de sol calmado, de trocito de estrella. Finalmente, el blanco. Mezcla de todos los sabores juntos. Blanco de cuna, de savia y de espuma... De nieve y de recién nacido, de despertar y de nube. Me hizo volver a mis primeros días de vida. A la leche materna, a los pechos pálidos de mi madre, a sus dientes lechosos y a mi inocencia plena.

Permanecí inmóvil, disfrutando de aquel festín lisérgico, viajando por diferentes lugares, momentos de mi vida, disfrutando en un escenario de paisajes que se abrían ante mí con horizontes interminables hasta que no quedó ni un trocito de lepidóptera que saborear. Y todos esos colores fueron abandonándome a mi oscuridad inicial, a mi verdadera forma, en la cual mi cuerpo se fue calmando, no sin sentir un pinchazo inmediato de angustia por el recuerdo inmediato de lo vivido. Fue entonces cuando comprendí que no sería capaz de volver a la sombra más absoluta. Estaba listo para marcharme... El cielo me dio la bienvenida...

## EL JUEGO INMORTAL

Teresa Dacosta Simón

Fui amarrada por los extremos a dos hayedos del bosque. Desenredando mis ataduras, me estiraron bajo la caricia de los rayos de luz que penetraban entre los árboles. Tumbados sobre mi red dos cuerpos balanceándose de un lado a otro mientras sus manos se entrelazaban, recorriendo cada centímetro de su piel; ella dibujando con sus dedos el perfil de su rostro, absorbiendo los olores, sintiendo el tacto, encendiéndose sus miradas de pasión, mientras el viento silbaba a media tarde de verano entonando una sinfonía de acompañamiento.

La fuerza de la pasión hizo que yo oscilase hacia un lado mientras sus cuerpos yacían en la espesura de la hojarasca. Levantándose al unísono, sin soltarse de la mano y entre urgentes risas, corrieron hacia el lago que bordeaba el bosque. Los seguí con la mirada intentando recuperar mi compostura y observe cómo el amante con lentos movimientos la iba despojando del suéter y de su ropa interior, poco a poco, mientras ella iba poniendo trozos de chocolate en sus labios, gozando cada instante y activando todos sus sentidos, convirtiendo su aliento en un perfume que recorría el bosque invitando al encuentro de caricias perdidas.

Contemplé sus hermosos cuerpos desnudos y vi cómo desaparecían sumergiéndose en el agua, retozando con juegos insinuantes, compartiendo en sus labios el sabor a chocolate, apoderándose de ambos el ímpetu del deseo mientras el lago iba tiñéndose de un sugerente color rojo que iluminaba toda la vida que alrededor de ellos se desarrollaba. Tras esta explosión de éxtasis permanecieron en el agua riendo y jugando mientras yo esperaba su regreso.

Cuando salieron del agua y se acercaron, sentí el calor de su mirada, el perfume de sus palabras, la intensidad de sus abrazos invitando al juego inmortal de la pasión.

## CONTRATIEMPO Y MAREA

Nilda Diarte Aguilera

-Contratiempo y Marea Garrido -repitió esta vez con voz firme y acento controlado a la cajera. Estaba acostumbrado a que le repreguntasen casi todo, no es que su voz tuviera alguna deficiencia, era que bajaba la cabeza como si lo más importante fuera mirar los botones de su camisa.

- Ese es mi nombre señorita y tengo un poco de prisa.

La cajera avisó a su compañera de al lado que bajaba al sótano en donde estaban las cajas de seguridad. Descendió con Contratiempo que susurró un juego de palabras que solo ella disfrutó. Una vez abajo Contratiempo la amenazó con una navaja y la obligó a que abriera las cajas.

-Todas las cajas -murmuró.

-¿Qué...? -preguntó ella

-Que abra todas las cajas, por favor, no me haga repetir todo, que tengo mucha prisa.

Cuando subió le dijo al guardia de seguridad que una señorita necesitaba atención médica; este se sacó un pinganillo de la oreja y dijo:

-¿Qué me dice?

-Que..., nada. Tengo prisa, discúlpeme.

Salió sin correr. A la vuelta de la esquina estaba su coche. Se cercioró de que no le hubieran puesto alguna multa por aparcar en zona prohibida y, una vez dentro, vio por el retrovisor que llegaba un patrullero. Pronto se llenaría de policías, por lo que se aferró al volante y presionó el embrague con seguridad. Empezó a acelerar y luego de una pronunciada curva a la derecha, un gato siamés le obligó a dar un frenazo tal que se hizo daño en el pecho; sin embargo continuó con su corta carrera, ya que evidentemente al frenar como lo hizo una de las ruedas sufrió un pinchazo.

Continuó como pudo hasta la primera casa de neumáticos que encontró. Cuando estaba pagando la factura y dio su nombre, como siempre tuvo que repetirlo. Se despidió rápidamente, y emprendió su fuga, aunque lo cierto es que nadie lo estaba persiguiendo. Al salir con tanta prisa rozó al coche que estaba aparcado y empezó a sonar una alarma, y eso lo asustó. Acomodó el espejo de cortesía de manera que no perdiera ninguna actitud sospechosa de algún coche que simulara no seguirlo. Estaba tan pendiente de mirar lo que sucedía a sus espaldas que no reparó en que delante de él se podía leer un cartel:

ESTAMOS TRABAJANDO PARA USTED,  
PERDONE LAS MOLESTIAS.

A la velocidad que venía no pudo evitar traspasar una valla y su coche se sumergió en una pequeña laguna, no tan pequeña, una laguna mediana sería más preciso. Es difícil explicar cómo fue que un extremo de la valla que atropelló se hallaba roto y que, a modo de anzuelo, se enganchó en el borde de sus pantalones de chándal, y junto con el pantalón no hubo manera de conservar su ropa interior.

Preocupado por no llamar la atención de la gente que estaba inquieta por su seguridad, no se decidía sin embargo a salir desnudo, no podía desenganchar sus pantalones, y entre el público había mujeres y niños delante de quienes no se atrevía a mostrarse impudicamente.

El joven que soltó el maletín al fondo de aquello, mientras leía el periódico en el tren con dirección lejos del Banco, pensó que llamarlo pantano era exagerado, aunque su coche ya había desaparecido cuando vinieron a rescatarlo.

## ENTRE EL ODIO Y EL OLVIDO

Poema sin la letra "A"  
M<sup>a</sup> Elisa Foruria Ugarriza

No es odio, es olvido.  
El olvido de los recuerdos  
que frecuentemente  
surgen  
en mi mente, inquiriéndote.

Mi cuerpo, todo mi ser,  
desde mi interior  
convergiendo en mi piel,  
repele el recuerdo de tus ojos  
sobre los míos,  
imponiendo su poder,  
exprimiéndome con tu egoísmo,  
produciéndome un sentimiento  
de dolor inmenso,  
hondo,  
que me sumerge en el lodo,  
perdiendo mi propio poder,  
mi yo.

No es odio, es olvido  
del triunfo de tu juego  
sombrío,  
hecho muerte sin retorno  
sobre el silencioso mundo  
de los libros,  
escondidos en un repleto y seguro  
escritorio  
por no ser queridos.

No es odio, es olvido  
de tu dominio sobre el fluir  
de mis ilusiones,  
de reflejos de sol en lo profundo  
y oscuro del bosque,

cubriéndolo de colorido,  
y el río discurriendo tímido y frío  
cediéndonos su dulce y monótono  
sonido,  
proyección de mis miedos perdidos.

No es odio, es olvido  
del efímero y etéreo reflejo  
de tu perfil  
sobre el espejo,  
orgullosa, riéndose del mío.

No es odio, es olvido  
de mi honor y mi espíritu,  
cedidos y vencidos,  
entre luces fluorescentes  
revoloteando por tu rostro  
en el inseguro universo  
de mis sueños.

No es odio, es olvido  
lo que mi ser requiere  
y ser feliz en el olvido.

Es odio o es olvido...  
lo ignora,  
confundido y perdido  
en mi devenir  
doliente  
e infructuoso cosmos  
entre odio y olvido.

## UNAS GOTITAS DE BROMURO

Alba García Portela

Lo confieso, reconozco yo he matado al periquito. Reconozco que es un acto sumamente cruel, pero te diré por qué lo he hecho.

A estas alturas ya te habrás dado cuenta también de que he vaciado el contenido de los cajones y puertas del armario empotrado que me correspondían. He aprovechado que echabas horas extra en tu oficina de la planta 33, como tantas otras veces. Tras esta constatación, o revelación, imagino que poco te importa ya la muerte, o asesinato, del dichoso periquito. Sin embargo, quiero que entiendas por qué lo he matado y, ya de paso, por qué te he abandonado.

Recordando a Cortázar, al que he leído muchas veces en esa cama que hasta ayer compartías conmigo esperando inútilmente aguantar despierta hasta que llegaras a casa del trabajo, te confesaré que cuando te obsequié el periquito, te regalé la necesidad de escucharlo trinar cada mañana, de limpiarle la jaula, espacio en el que el carcelero liberaba al ave. Ahora recuerdo los ojos del animal cuando debía volver a la jaula... salvando las distancias, parecidos a los míos cuando tomaba el ascensor hasta la que, a partir de hoy, será solo tu casa. Yo me auto-regalé la necesidad de oír su gorjeo feliz en mi propia jaula. Con su muerte, te libero de la necesidad de recordarme.

Decidí regalarte el periquito, lo recordarás aún, un día en el que viniste inspirado del trabajo y me contaste que echabas de menos el canto de los pájaros: no llegaba hasta tu oficina en la planta 33, ni se oía en el monótono recorrido del garaje al portal por una larga calle desierta de árboles.

En lugar de matarlo, podría haberlo liberado: abrir la puertecilla de la jaula e invitarlo a escaparse por el balcón. Supongo que me dio miedo que intentases imitarlo lanzándote desde la ventana de tu oficina en la planta 33.

Espero no darte ideas. En todo caso, que mates, a tu vez, el espacio que yo ocupaba en tu vida. ¿Cómo? No puedo ayudarte con eso. Ya he hecho bastante: te he liberado del periquito cantarín que se envenenaba con mi infelicidad en cada bocanada de aire.

## LA VELA DEL OBISPO

Maribel García Rodríguez

Agencia Ese. Bilbao- *El Obispo de Bilbao denunció ante la Ertzaintza la desaparición de la vela que desde el siglo XIX ardía ante la imagen de la Virgen de Begoña. Este milagro es motivo de fervor y devoción entre los feligreses y son muchos los bilbaínos que hacen donaciones para su conservación.*

¡Hay que fastidiarse!... ¡En primera página y en letras bien grandes! Antes de que pase la mañana vendrán por aquí los guardias a preguntar: “Antonio... ¿sabe usted algo de esto?”. Y aquí estoy, pendiente de que lleguen. Anoche tenía yo el pálpito de que algo malo iba a ocurrir, no tenía ganas de cenar ni de na, como si me hubiesen desamortajao, y mira no me equivoqué. Cuando entró la Saray por la puerta, pensé: “¡Aquí está el problema!”.

-Tío Antonio, tienes que ayudarnos, nos hemos metido en un lío mu gordo-me dijo llorando y moqueando antes siquiera de habernos sentao.

-Una pregunta -le dije-: Cuando dices "nos hemos"... ¿quieres decir tú y quién más?

La Saray empezó a hablar a borbotones: que si le habían cortado la luz, que si los niños a oscuras y que si el Manuel había cogido la vela de la Iglesia para alumbrar la casa. Mientras decía todo esto puso encima de la mesa un cirio mu gordo y como de palmo y medio de alto, hueco por dentro y con letras de oro y una cruz de piedras por fuera.

-¡Ay, tío Antonio! -dijo a continuación-: ... que además era todo mentira, que tenía un cartucho de los de camping gas por adentro y en cuanto el Manuel lo cogió se apagó y no supo ponerlo de nuevo, y ahora nos hemos enterao que es muy valioso y de seguro que vienen los guardias, que ha debido quedar todo grabao.

*La Saray* estaba descompuesta, el Manuel era su marido, pero ese no dio la cara, eso me vino bien; tenía yo guardadas cuatro verdades para ella y anoche se me presentó la ocasión de soltarlas.

-¿Qué te dijeron tus padres sobre el Manuel? -le pregunté.

-Que no me casara con él.

-¿Qué te dijimos todos? ... ¡Qué no te casaras!

-¡Es que estaba muy enamorada tío Antonio! -La Saray puso cara de lerdá y contestó lo mismo de siempre al que quisiera oírla: “¡Es que estaba mu enamorá!”.

-¿Enamorá? -grité yo. Ella se tapó las orejas con las manos. Lo hace desde que era una mocosa cuando se la reprende por algo.- Yo no sé si estabas

enamorá o se te aflojaron las enaguas, pero ahí tienes las consecuencias de casarte con un payo: se quedan en el paro y no valen *pa na*, no saben vender fruta, ni ir a los mercadillos, ni hacer rosquillas para las ferias, todo el santo día tocándose la franela del pantalón, sin agachar el lomo, por no hablar de la cuenta que tiene el Manuel en el bar... ¿Pero se puede saber de qué te enamoraste? -Por fin había largado lo que opino de las bodas entre desiguales y añadí levantando el dedo: ¡Solo cuando queda un hombre en el mundo se casa una con un payo!... ¿Entendido?

Ya más calmao la mandé sacar fotos al cirio pa que se viese bien el truco que usan los curas y traté de quitar hierro haciendo alguna broma.

-Por los guardias no te preocupes, los de la boina roja han comido muchos yogures y mucho pan con mantequilla de pequeños y eso les ha quitado la mala leche, ya no es como antes. ¡Anda vete pa casa!

Todo lo anterior pasó anoche y del disgusto no he pegado ojo, no quise ofender más a la Saray que es una buena muchacha pero... ¡esos hijos suyos...! han salido deslavaditos como el padre, no tienen arte ni duende ni ná, cuando tenemos alguna fiesta desafinan hasta dando palmas.

Mira, ya están aquí los ertzainas, por lo menos vienen de paisano, un detalle que se agradece. A estos les devuelvo la vela a cambio de que no comprometan a los míos, si no cumplen esta condición puedo enseñar las fotos a todo el que entre a la taberna y dar café gratis pa que venga más gente, si eso le parece bien al señor Obispo, y de paso a estos les diré cuatro verdades que estoy harto de que cada vez que pasa algo en Bilbao se den una vuelta por aquí a jorobar.

## EL IMÁN

Begoña García Sánchez

*Sor M<sup>a</sup> Inés, mientras limpia la sacristía, encuentra un objeto que desestabilizará la apacible rutina del convento, con graves consecuencias para el Vaticano.*

### ACTO PRIMERO

*Tres monjas, vestidas de negro, pensativas, nerviosas, ocupan el centro de la estancia que está solamente iluminada por un gran cirio que preside el altar de la pequeña capilla de un convento.*

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** No me diga que esté tranquila porque es imposible, desde que encontré ese maldito imán... No puedo, (*Casi chillando*), no puedo...

**Sor Remedios:** ¡Cuidado!, Sor M<sup>a</sup> Inés, no invoque al diablo,... desde que encontró ese imán ¿qué le ha sucedido? Yo la veo igual de vehemente, de nerviosa, de lianta... hermana, sí, de lianta... (*Elevando el tono de voz*)

**Madre Superiora:** ¡Qué imán!, ¡qué diablo! Pero... ¿De qué estáis hablando?, ¡Dios mío Bendito!... ¡Alabado sea Dios!

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** Pues, madre, que mientras limpiaba la sacristía me dio por abrir el cajón del armario donde guarda la ropa y todas sus cosas el cura Amancio, el joven, el nuevo...

**Sor Remedios:** ¡Por Dios!... hurgando en las pertenencias de un cura...

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** Sí, sí... dirá que soy una fisgona...es igual. Por eso, estoy así... de rara, ¡por cotilla!...Sí, me está bien...pero que muy bien... (*Recita el Padrenuestro...*)

**Madre Superiora:** Bueno, deja de rezos y sigue, sigue, sigue, hija...

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** Pues que encontré una caja, que abrí, eso sí, con mucho cuidado, despacito, casi sin posar los dedos en la cerradura...

(*Se oyen rumores de desaprobación de las otras dos monjas*)

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** Abrí con una llavecita que se encontraba dentro de un pequeño bote...

**Sor Remedios:** ¿Dónde estaba ese bote? ... (*Con nerviosismo, enfadada*) ¿Al lado de la caja?... ¡Ay!, ¡Dios mío Bendito!, ¡Alabado sea Dios!...

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** Sí, sí, sí...al lado, pero tapado con un pañuelito de hilo, de esos que bordamos nosotras y luego vendemos a través del torno...

**M. Superiora:** Pero, venga, venga..., al grano... ¿qué había en la caja? Ya nos arrepentiremos después, ya rezaremos más tarde todas las letanías que se precisen... ¿qué había en la caja de nuestro futuro y joven párroco?

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** *(Susurrando)* Un imán, un imán que atrae los malos pensamientos de la persona que lo posee.

**Madre Superiora:** *(Golpeándose la nalga con fuerza)* ¡Ay, concho!, ya estamos con brujerías y supersticiones tontas...No, si aquí nos creemos todas Santas Teresas, todas levitando sin tomar una gota de láudano... *(Se persigna)* ¡Perdóname señor! *(Enlazándose las manos)*.

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** A ver, madre, el imán reposaba encima de dos extrañas hojas, amarillentas, cuarteadas...con dos anotaciones muy, muy...misteriosas

**Sor Remedios:** ¿Cómo que reposaba?... ¿Dónde están ahora esos condenados documentos?... *(Musitando y mirando al cielo)* ¡Líbranos del mal, Señor, líbranos...! ¡La que ha liado, madre, la que ha liado!

**Madre Superiora:** Tranquila, tranquila... ¡Si pertenecerán a un códice envenenado!... *(Con voz incrédula e intentando mantener la calma)*

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** Pues sí, envenenado por las pasiones, por la lascivia, por el vicio, por el pecado de la carne... *(Dejando la voz suspendida en la palabra "carne")*  
*(Sor Remedios se echa a llorar, la madre superiora le aprieta la mano para tranquilizarla y Sor M<sup>a</sup> Inés blande con fuerza las dos hojas amarillentas y cuarteadas)*

**Madre Superiora:** Léela, léela, desdichada, antes de que se mareen las palabras y se desintegren los mensajes... *(Con paciencia)* ¡Dios Santo!  
*Lee Sor M<sup>a</sup> Inés, despacio, con voz de ultratumba mientras las otras dos religiosas la miran estupefactas. La luz se hace más mortecina, la llama del cirio se debilita)*

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** “Aquel que esté libre de pecado que tire la primera piedra”, así concluye la primera hoja y en la otra se nos explica un pasaje de la Divina Comedia muy largo, demasiado largo y raro...

**Madre Superiora:** Será incomprensible, pero raro, raro, no se le puede llamar a Dante...

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** A Dante, será a Amancio...

**Madre Superiora:** Anda, calla, calla... Trae esas hojas que me estoy empezando a sentir yo también poseída por una desazón que sí tiene nombre... *(Tras hojearlo por unos minutos balbucea con misterio)*. Es un pasaje de la Divina Comedia que describe el octavo círculo del infierno... en el cual está presente el Papa Bonifacio VIII, que entre los años 1294 y 1303 sostuvo el cetro de la Iglesia católica y, según cuenta o parece querer reflejar este fragmento, tan bien guardado por nuestro Don Amancio, fue uno de los Papas más corruptos, en cuanto a los pecados de la carne que han existido... ¿Qué es esto? ¿En qué anda Don Amancio?... *(Suelta los papeles que caen lentamente sobre la tarima y mira al infinito)*

*Cae el telón....*

## ACTO SEGUNDO

*La madre superiora y Sor M<sup>a</sup> Inés están hablando frente a un armario en la sacristía de la capilla del convento, un cura alto y guapo entra y las saluda con amabilidad*

**Don Amancio:** Don Anselmo me ha dicho que querían hablar conmigo urgentemente, ¿a qué se debe esa premura, hermanas? ¿Qué es tan urgente que no puede esperar a mañana que es nuestro día de confesión? (*Mirándolas con condescendencia*)

**Madre Superiora:** Primero, padre, sor M<sup>a</sup> Inés quiere comentarle algo, más bien pedirle disculpas por un asuntillo un poquito delicado... (*Mirando a Sor M<sup>a</sup> Inés y animándola con un movimiento de cabeza*). Ande hermana... hable... hable...

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** (*Atropelladamente y mirando hacia abajo*). Padre, igual mejor si me confiesa hoy y así de paso le explico todo y le pido disculpas y lo hago todo a la vez y, así, mañana no le hago perder el tiempo. ¿Vale? Porque a decir verdad, todo está relacionado, el que me perdone, el que me confiese, el que me perdone Dios... lo que le preocupa a la Madre Superiora, bueno y a mí, también... también me preocupa y a Dios y a toda la Iglesia e igual hasta al Papa..., bueno, ... si lo supiera...

**Don Amancio:** No entiendo hermana, hermana, tranquila y qué es lo que quiere primero, que le perdone. No sé... de qué, pero bueno, le perdono y eso de que le confiese, ahora sus pecados, no creo que tenga tanta urgencia... pero bueno... no creo que haya cometido un pecado tan grave, ni que sea mortal... ¿No?

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** (*Titubeando y poniendo cara de circunstancias*). Cuando me escuche... va a cambiar de opinión y no sabrá ni qué penitencia ponerme, padre. Se lo ruego, por Nuestro Señor Jesucristo, confíeseme...

**Don Amancio:** Vale, vale, hermana... (*Dirigiéndose al confesionario de la capilla*)

**Sor M<sup>a</sup> Inés:** Gracias padre, Dios se lo agradecerá o, bueno, por lo menos, yo... (*Santiguándose y siguiendo al cura*).

(*Don Amancio, después de un buen rato, sale del confesionario, lívido, dirigiéndose al banco en el que se encontraba sentada la Madre Superiora*)

**Don Amancio:** (*Casi susurrando*) Ya le he dicho a la hermana, a Sor M<sup>a</sup> Inés, lo que tiene que hacer para ser perdonada, ya le he impuesto la penitencia.

**Madre superiora:** Pues espero que haya sido dura, porque ha cometido un hurto... padre, ¡un hurto! (*Agitando la cabeza*). Aunque en realidad no sé qué valor tienen los papeles robados y ni qué poder... ese maldito imán, ese imán

del diablo... (*Mirando al cielo*) Don Amancio, don Amancio... ¿Qué le pasa?...  
¿Dónde va?... Hábleme, por lo más divino, hábleme (*Con voz suplicante*).  
(*Don Amancio, cabizbajo sin escuchar los ruegos de la Madre Superiora, sale de la estancia apretando entre sus manos algo parecido a un imán y recitando en latín...*)

**Don Amancio:** Mors proximum est, mors proximum est, mors proximum est...

*Cae el telón....*

## DULCE DE ARENA

Begoña Gómez Saiz

Es a mí a quien debieron haber preguntado sobre aquello. Estaba, como siempre, atento a todo y tengo los recuerdos más nítidos. Puedo narrar fielmente, incluso hoy que han pasado tantos años, el origen del humo, el color y el olor del fuego en la madera negra, las esquirlas de tantos materiales como contenía aquel edificio, incluso el sonido nuevo del estallido de los cristales como bombillas gigantes -nunca ya olvidado-, las llamas tan rojas... Pero antes, déjeme que le explique.

Como ve, mis ojos y el cabello, de corte tradicional, son de color castaño. Uso gafas oscuras de pasta y voy rasurado y sutilmente perfumado. Los dientes, sin mella, se alinean correctos; ni muy blancos ni muy oscuros, no hay caries a la vista ni correctores metálicos. Tengo los labios finos y sonrosados que mantengo en un reposo aparente lejano a la lascivia. Visto a la moda sin estridencias, siempre. Formo parte de todas las reuniones, pero apenas me ven. Soy el jersey grueso que se echa en la maleta por si acaso, el par de zapatos extra porque queda un hueco o el juego de agujas e hilo para salir de un apuro. Un compañero de viaje a mano para la primera urgencia, un contenedor fiel de los sentimientos ajenos. Escuchar, dar un pañuelo o un abrazo... Algo que puede ser imprescindible y olvidable, es decir, un contrasentido. Esta presencia ausente es una atalaya desde donde escucho todas las palabras y filtro las miradas y los silencios. Ellos viven mientras yo espero.

Siempre ha sido así.

Como sabe, aquello ocurrió una noche de verano en la casona de los abuelos Bourgeaud donde todo era verde, verde y limón, y la fachada estaba construida con ladrillos rectangulares y chiquitos y el calor era templado y luminoso. ¡Me rodeaba tanta belleza! Estaban los abuelos, las tres hijas con sus maridos, los primos con sus parejas y yo. Mamá, que estaba reponiéndose de su último acceso de melancolía, llevaba unos días encontrándose mejor y quiso inventar un dulce para el postre de la cena. Al probarlo cerró los ojos y dijo: “Es un dulce de arena”, así lo llamó.

Durante el día apenas nos veíamos, pero por la noche nos juntábamos para cenar. Alrededor de la mesa rectangular del comedor parecíamos una gran familia bien avenida. Conchita, una morenita descarada novia del primo Mauro, se sentaba frente a mí, yo la adoraba. Cada anochecer, ya en mi cama, la veía subir la escalera de caracol y apostarse en lo más alto como una cumbre conquistada. Eso hacía, volaba escaleras arriba rompiendo el aire con su risa y abría el pecho ofreciéndose al mundo. Yo batía los brazos y llegaba al rellano para besarla con unos labios gruesos de verdad y un olor a sudor que anulaba el

agua de colonia. Ella se resistía un poco y yo, entonces, la aplastaba contra el pasamano forzándola. Y así, el sueño venía plácido.

Esa noche, cuando llegó a la mesa el postre de mamá, todos lo probamos. Tenía una consistencia chocante: un poco pegajoso por arriba y con la base de la galleta suelta en un chorro fino como si estuvieras absorbiendo un reloj de arena; masticabas y dabas vueltas con la lengua para formar una bola rasposa que peloteabas de un lado a otro hasta que la ibas tragando. Al pasar por la garganta, te la arañaba tan minuciosamente como si los granos fueran deslizándose de uno en uno. En el sabor apenas me fijé y de los presentes, salvo las caras, nadie dijo nada.

Conchita masticaba su trozo de pastel y yo salivaba con el perfil del tenedor junto a su boca. Ponía la mano en el cuello y lo masajeaba suave para ayudarse a tragar, era una magnífica oca sobrealimentada. Su gesto de sufrimiento y mi dolor de arena me excitaron. De pronto, levantó la vista y mirándome, por primera vez, desde que frente a frente compartíamos mesa aquel verano, dijo: “Esta galleta me recuerda a ti”. Entonces me vino un frío de esos que se sudan y un pequeño mareo de falta de aire por exceso de oxigenación. Es decir, me vino lo que soy: una serie de contrasentidos. Y me vi en su bendita boca: mecido, volteado, despreciado... denostado por sus mucosas. Me volví loco porque al fin y al cabo: ¿no merecía yo un respeto? Quién sino ella coqueteaba conmigo en las escaleras...

Así que prendí una cerilla por debajo del mantel y la lancé al borde de sus pantalones. Aquello se expandió en segundos por la mesa y, como si la estancia hubiera estado conectada por una geografía de carburante, prendió en las páginas de todos los libros no leídos de la biblioteca y en la madera seca de tanto mueble viejo. Dicen que fue la casualidad, pero yo sé que fue la furia la que hizo que fuera Conchita, además de la casa, la única víctima de aquel descalabro porque fue ella y solo ella la que lo generó.

¿Que cómo no me interrogaron entonces?... Es que nadie se acordó de que yo, también, estaba allí.

## **DESDE EL DESVÁN**

Mercedes Menéndez Aguirre

Aquella mañana todo le parecía más confuso que de costumbre. A Gonzalo le había costado conciliar el sueño por un ruido impertinente que apareció en el momento en que apagó la luz, harto de tanta lectura, y que le martirizó toda la noche. En algún momento pensó en levantarse e investigar aquel maldito TOC-TOC que le llegaba desde el techo, entre la inútil chimenea y la puerta del balcón, pero el frío reinante en la habitación le impidió siquiera asomar la nariz fuera de su vieja y apolillada ropa de cama. Gonzalo había pasado la noche entera en un duerme-vela que le había dejado en un estado de gran desasosiego.

Abrió los ojos al notar un cosquilleo sobre el hombro derecho y se encontró con una araña negra y peluda que le miraba con descaro desde el pliegue entre la almohada y la sábana. De un fuerte manotazo la lanzó contra el suelo y allí se quedó, patas arriba, en la esquina de la raída alfombra persa de color entre rojizo y marrón con unos dibujos que en algún tiempo fueron flores blancas y rosas, y que ahora solo parecían hilos entremezclados. Le dio pereza levantarse a rematar la faena pisando el asqueroso bicho, con sus viejas zapatillas puestas, también sintió un poco de prevención no fuera que una de sus patas se colora por cualquiera de los agujeros de las suelas y se le clavara en el pie desnudo. Luego estuvo un buen rato desperezándose y programando las actividades del día. Sin duda, lo primero tendría que ser subir al desván para enterarse qué producía aquel impertinente TOC-TOC, que continuaba sonando aunque mucho menos audible.

Por fin, decidió levantarse y apartó la ropa que le cubría. Un escalofrío le recorrió desde la coronilla hasta los dedos gordos de los dos pies. Se abrigó con el jersey que descansaba sobre el sillón marrón que, recordó, en otro tiempo fue beige. Se ató todos los botones. Abrió las contraventanas y se encontró con un día plomizo, con nubes que se tragaban el paisaje y con el viento agitando los arbustos del fondo del jardín. La luz de la mañana, tamizada por los cristales de los ventanales, iluminó la alcoba deteniéndose sobre las estanterías atestadas de libros desordenados. Siguió con mirada adormilada el único rayo de sol que había conseguido colarse entre las nubes y que chocaba contra el cabecero de la cama dejando ver un reguero de partículas de polvo dorado. Dejó vagar sus ojos por la estancia y descubrió la vela casi consumida que le había ayudado a leer la pasada noche y que tendría que reemplazarla para continuar la próxima. Estiró las sábanas y las mantas hasta cubrir el centro del colchón. Colocó la almohada en el centro del cabecero y el almohadón encima.

El picaporte de la puerta rechinó al abrirla produciendo en las bisagras un afónico alarido. El pasillo lo recibió silencioso. Al recorrerlo comprobó que ya

no escuchaba el TOC-TOC en el techo, y una sensación de pérdida le llenó los oídos. Estuvo a punto de volver a entrar al dormitorio, pero vio al fondo las escaleras que conducían al desván y continuó caminando, arrastrando los pies sobre la crujiente madera del suelo. Subió las escaleras despacio, apoyando la mano izquierda en la barandilla y, al llegar arriba, escuchó de nuevo aquel intrigante sonido TOC-TOC junto a lo que le pareció el aleteo de una bandada de pájaros que le encogió de miedo el corazón.

Sin pensarlo más entró en el desván. Tomó aire con intención de tranquilizarse y un olor a desorden de años le llenó la nariz. Trató de acomodar sus ojos a la semioscuridad y se acercó a la claraboya para abrirla y dejar escapar aquel aire polvoriento. Tropezó primero con una alfombra enrollada que le forzó a dar unos rápidos e inseguros pasos, la esquina de una mesa le salió al camino a la altura de la cadera y le hizo gritar de dolor y apoyarse en el respaldo de una silla que, bajo su peso, se le rompió una pata y... cayó, sin darle tiempo a protegerse del impacto contra el suelo. Notó como algo punzante le atravesaba el costado izquierdo y algo muy duro chocaba contra el hombro. Se quedó allí, tendido, dolorido, intentando identificar lo que le rodeaba antes de moverse y seguir poniéndose en peligro.

El TOC-TOC se oía cercano y claro. Movié la cabeza desde la izquierda hasta la derecha despacio, muy despacio, observando con cuidado a su alrededor. Le pareció ver algo que se movía por el rabillo del ojo derecho y, apoyándose sobre el brazo y la mano izquierda, elevó la cabeza para seguirlo. Nada. Evitando los movimientos bruscos y ayudándose con las rodillas y los codos, se levantó y logró llegar hasta la ventana y abrirla. Con la entrada de luz limpia, sin trabas acristaladas, echó una mirada a su alrededor. Nada. No se daría por vencido, encontraría el origen de aquel insoportable TOC-TOC. Movié con cuidado alguno de los trastos que le entorpecían el paso. Nada. Pero el TOC-TOC continuaba. Se quedó quieto, aguantando la respiración, atento a todos los sonidos de aquel lugar desordenado, sucio, triste. El TOC-TOC se escuchaba por todo el espacio. Se giró y una sensación de mareo le llenó la cabeza y el estómago. TOC cayó de rodillas, TOC las manos no consiguieron suavizar el golpe que le dejó caído en el suelo del desván. TOC-TOC.

## LOS CUATRO ZAPATOS

Valentxu Torrientes Arauzo

Empezaré proclamando que estoy aquí obligado por las circunstancias. Obligado, también, a llevar barba y perillas postizas.

-¿Fermín, podemos proceder?

Fermín soy yo, es un nombre inapropiado para mí, pero, bueno, esa es otra historia. El que se dirige a mí es uno de los testigos de lord Wallace, el ofensor. A mi izquierda está mi señor, el duque de James, el ofendido.

Lord Wallace osó, hace dos días, pisar los nuevos y relucientes zapatos parisinos, del mismísimo París, de mi señor. Y desde ahí nos encontramos inmersos en este duelo de ilustres hombres, a las afueras de Cambridge.

Como testigo del ofendido, estoy comprobando si las marcas donde los duelistas deben detenerse, girar y disparar están ubicadas a la distancia correcta. Situados espalda contra espalda deben caminar doce pasos. Estoy convencido de que la distancia final entre ambos no se ajusta a lo acordado.

Lord Wallace usa lentes y me apuesto mis perillas postizas a que sus testigos han sobornado al árbitro de este odioso duelo a pistola para que no exista excesiva distancia entre ambos adversarios.

¿Por qué no se retarán estos “audaces” caballeros a saber quién conoce más nombres del millón de estrellas que se ven cuando la noche llega? Ahí sí que podría ayudar yo a mi señor duque.

-Fermín, no disponemos de todo el día, el sol está ya muy alto en el cielo. - Es otro de los testigos de lord Wallace el que se dirige a mí-. Queremos que comuniqués al señor duque que, después de deliberar con el árbitro, estamos de acuerdo en ampliar en un metro el espacio entre los contendientes, que no se diga que hacemos trampas.

Y yo pienso... Cuando el río suena...

-Estamos de acuerdo -apostillo. Me sitúo con mucha parsimonia al lado del señor duque e inmediatamente me fijo en un detalle significativo-. ¡Alto! -exijo-. El médico no tiene su maletín.

-Fermín, si esto es otra estratagema suya, vamos a pensar que el señor duque tiene miedo.- Ensimismado en sus relucientes zapatos, sir James, ni se inmuta.

-Las reglas son las reglas -digo yo muy plantado, como si la barba ya formara parte de mi fisonomía.

El doctor tiene cara de susto, en efecto, su maletín ha desaparecido.

Mientras todos nos ponemos a buscar, excepto, por supuesto, los dos caballeros, el sol se va retirando sin hacer ningún ruido, como sin ganas de ser él la diana de algún disparo perdido.

Una hora de búsqueda después, me tropiezo con una solitaria mano con el dedo índice rígido y acusador apuntando hacia mí. A su lado, un perro, con la cabeza ladeada, me mira. “¿Será, acaso, este ser más inteligente que todos esos humanos que veo tropezarse entre sí, que escucho chillar como energúmenos? Hasta los testigos se están retando a duelo...”, me digo.

- ¡Mamá!... ¡Quiero irme de aquí! ¡Quiero recuperar mi nombre! ¡Por favor maaaaá...! ¡Me comeré todas las proteínas tostadas a 500 grados por nuestro vecino el sol! ¡Por favor, mamá!... Para ti han sido tres días, para mí TODO un año en este planeta Tierra. ¡Por favor, mamá! Envíame una nave y no volveré a quejarme de la comida. Y tú, perro terrícola, deja de mirarme con esa cara... Sí, sí y sí, he sido yo, Tineon del planeta Sinopilum, quien ha escondido el maletín del médico.

## COGIDAS CON ALFILERES

Charo Vázquez Alonso

*DEFINO HILERAS: Cinco, diez, quince, veinte o más personas situadas de delante atrás, tan solo cogidas con alfileres.*

Las maquinas ruidosas no tenían piedad; eran más humanas cuando las manos de ellas deslizaban sus dedos artríticos conducidos por cansados ojos cuadrados, y movían arriba y abajo los colores de los tejidos entre sus dientes. De esos ojos había desaparecido el ácido humor de la fresca juventud. Hileras de mujeres, todas, próximas a mi calor de padre, movían sus pies en los pedales de la bicicleta imaginaria, que nunca las alejó de allí. Me sentía importante e imprescindible, por haber oído cada uno de sus secretos, aunque nunca di consejos, ¡no me hubiesen escuchado!

Azucena ¡Azucenita para mí!... ¡Llegó tan, tan niña! Que hoy la miro y me veo reflejado en su vejez. Pasa parte del tiempo a mi lado ¡nadie se lo impide! por supuesto. Hoy la oigo cantar aquella canción que le trae tantos y tantos recuerdos, su voz ya no supera al ruido, sin embargo, las arrugas de las caras más añejas cambian de expresión al escucharla. Enseguida veo a Filo, se levanta y se acerca, me hace una caricia. Como tantas y tantas veces en frías mañanas, trae su termo con café caliente... Mmmm... ¡Cómo me gusta su olor!... Hoy su último nieto terminó la carrera. ¡Cómo me alegro por ella! Enseguida acuden Carmen y, por supuesto, María, ya viudas, e inseparables. Lloran menos y todos nos alegramos. Sus rosquillas acompañan bien al café. ¡Pronto se acaban! A saber si Lucía acudirá hoy, está enfadada por un tema sindical, es más joven y aún cree poder cambiar las cosas. ¡Las demás perdieron la ilusión! Ella me aporta esa chispa que aún me enciende. Siempre me rodean un corto pero intenso momento al día; la noche sin embargo es más larga y fría para mí, no hay voces, ni manos para atizarme. La graciosa y delgada Begoña, la que nunca cambió con la menopausia, trae su bizcocho de chocolate ¡Sí!... el que fastidia a las demás, por no poder pasar de él, y yo lo templo un poco ¡así está más rico!

Dado que el día de hoy es festivo y se han visto obligadas a trabajar por culpa de aquellos que no se nombran por su nombre de pila, me hacen más rato compañía. ¡Sabemos que hoy no vendrán! En otras palabras, las cosas no van bien aquí. Nos hemos quedado anticuados ¡no se rinde como antaño! Los innombrables quieren cerrar, yo los he escuchado cuando hablan a sus espaldas. Ayer, sin más, me pegaron una patada cuando no funcioné. “En cuanto a esto”, les escuché decir señalándome, “es el reflejo de todo”. ¡Ni tan

siquiera sabían cómo encenderme!... ¿Me entendéis ahora? Sus cálidas oficinas no me necesitan.

Para terminar, primero os diré que cada cinco o diez o veinte o más mujeres que se acercaron a mí cada día de mi existencia, formando hileras, con palabras entrecruzadas y su felicidad sujeta con alfileres que más de una vez se invirtieron para pincharlas, mientras que ellos ni tan siquiera sabían sus nombre, ¡son únicas! Segundo y último: ¿me juzgaríais, si, tras despedirlas ¡calurosamente! después de que me hayan introducido la última carga de carbón para pasar la noche, se me atragante la existencia y lo convierta todo en las cenizas de sus recuerdos?



## ÍNDICE

<b>Carmen Camarero Torre</b>	
Paradojas de la vida	7
Jugando con la arena Barriga	29
<b>Alba Monique Contreras Gallego</b>	
Duelo de espejos	9
Papillon	30
<b>Teresa Dacosta Simón</b>	
El Hada Litegoldina	11
El juego inmortal	32
<b>Nilda Diarte Aguilera</b>	
La mujer del banco	13
Contratiempo y Marea	33
<b>M<sup>a</sup> Elisa Foruria Ugarriza</b>	
Bienvenida esencia	14
Entre el odio y el olvido	35
<b>Alba García Portela</b>	
En las marismas	16
Unas gotitas de bromuro	37
<b>Maribel García Rodríguez</b>	
Ratacouch for ever	18
La vela del obispo	39
<b>Begoña García Sánchez</b>	
Alma de bolero	20
El imán	40
<b>Begoña Gómez Saiz</b>	
De momento somos ocho	21
Dulce de arena	44

**Mercedes Menéndez Aguirre**

Dulce de burbuja 24

Desde el desván 46

**Velentxu Torrientes Arauzo**

Las gotas de lluvia 26

Los cuatro zapatos 48

**Charo Vázquez Alonso**

La comba 27

Cogidas con alfileres 50